

El niño que discute mucho

Suele decirse que el «gran discutidor» es normalmente una persona insegura o, al menos, hay algún aspecto en su vida que le hace sentirse inseguro: entonces discute, se apasiona, busca guerra y pelea continuamente.

Bajo otro aspecto, la discusión es, sin duda, una forma dinámica de liberarse de sentimientos molestos de agresividad: tienes ganas de discutir con alguien, echarle encima cuanto piensas, compararte en fuerza dialéctica, menaje de la palabra, dominio del gesto o tono de voz... que compense de algún modo tu incertidumbre e inseguridad vital.

Los niños que discuten mucho y por cualquier cosa pueden, por tanto, ser víctimas de alguna inseguridad interior. Y los adultos que se pasan el tiempo llevándoles la contraria y diciéndoles que no tienen razón, además de perder el tiempo y poner las cosas peor, ignoran quizá que lo más importante no es el «tema de discusión», sino el buscar las causas que incitan al niño a discutirlo todo y a todas horas.



● Algo le preocupa

Este podría ser el primer pensamiento de los padres que tienen un hijo «discutidor nato»: no pensar tanto en qué es lo que discute y si lleva razón o no en lo que dice.

Efectivamente, a veces nos perdemos en querer demostrarle, incluso con aparente y rebuscada paciencia, que no tiene razón y que las cosas no son así como él las defiende. Apelamos a nuestra experiencia y traemos al recuerdo del niño otras autoridades que le machaquen bien claro su engaño.

Con ello no haremos más que prolongar el estado de discusión y de fastidio en que se encuentra: se siente mal; por eso discute. Y eso es todo, la mayoría de las veces. Y, si no logramos ayudarlo a que se sienta bien, no lograremos nada prolongando indefinidamente su estado de fondo.

● Algo le bloquea

A veces no logramos decir qué es lo que nos pasa: si lo supiéramos siquiera, ya tendríamos andado más de la mitad del camino; pero algo nos impide objetivizar, poner delante con claridad, qué es lo que nos ocurre.

Se establece entonces un callejón sin salida aparente: estamos en un laberinto. Y todo aquel que se cruza en nuestro camino va a pagar, sin duda, nuestra incertidumbre y bloqueo. Cualquier discusión será entonces como una válvula de escape.

La solución no está en el análisis del producto que salta a primera vista por la válvula sino en analizar y atender qué pasa dentro y por qué las cosas están en ebullición.

● Algo le amenaza

Dicen aquello de los toros: que el miedo les empuja a pincharnos la faena. Algún día habrá que preguntárselo. Pero nos parece probable que, cuando algo desagradable se nos viene encima, nuestra agresividad aumenta y el peligro posible nos hace arremeter con todo.

La discusión sería entonces como un símbolo de que la tormenta arrecia y algo va a zozobrar. Husmeamos el peligro, nos armamos de lanza y escudo y arremetemos con quien se ponga delante, aunque venga con la mejor voluntad. A veces, precisamente, tomamos como primeras víctimas aquellos que nos quieren y que se dejan vencer o sabemos, en todo caso, que, por más que les hagamos sufrir, no por eso van a dejar de estimarnos: algo de «pagan justos por pecadores» habría que decir aquí o, también «cobran débiles por fuertes».

Las amenazas que un niño tiene son múltiples y seguidas. Y su único refugio es, a veces, el atacar contra quienes no ve peligro o se dejan incluso vencer: atacan a sus padres, se ponen mal con sus hermanos, pero luego se acobardan ante lo que de verdad temen: un examen, un amor perdido, una enfermedad, un aburrimiento, un sentimiento cualquiera de posible fracaso.

Atacar entonces la «furia discutidora» es enredarse como un ciervo en los cuernos y ramas del vecino. Ayudarlo, en cambio, a superar las amenazas es restarle angustia y adrenalina: y, quizá, el único modo de hacerle bien.

● Algo malo le recuerda

Las experiencias que tuvimos, las llamadas experiencias previas, van a condicionar nuestra actitud presente.

Hay familias de esas que se llaman «peleonas», discutidoras cien por cien. Apenas sucede algo, ya las tenemos armando camorra. A la mañana siguiente andan como agotadas, malhumoradas, pero enseguida rejuvenecen, gritan y

vuelven a la pelea. Nadie está allí tranquilo: como si las cosas, los niños y la vida se ganase a base de mamporros.

No se puede pedir a un niño que sepa discutir con tranquilidad y cierto sosiego. Tiene aprendido un esquema y lo repite con cuantos se ponen a su alcance. A veces, incluso la carestía e insatisfacciones primarias hizo que triunfara el que llegaba primero, el que tenía más fuerza o el que gritaba mejor. Ahora la discusión es como un eco de aquel recuerdo.

A veces, en cambio, la lista de fracasos anteriores es precisamente lo que le viene hoy al recuerdo y entonces la discusión se convierte en una compensación de victoria. En definitiva, la mala experiencia anterior en la relación con los demás, el haber vivido largas horas la vida como lucha para la supervivencia, le hace ahora perpetuar en discusiones interminables sus problemas de hoy.

● Algo tiene que defender

Y, a veces, no es precisamente lo que discute. En el fondo, está defendiendo otra cosa: quizá a sí mismo, que siempre ha quedado mal y ahora necesita con urgencia el alzar un poco su figura.

No suele ser buen camino el fijarse demasiado en lo que dice, sino en lo que guarda detrás como un tesoro inexpugnable. Son como esos que ponen su énfasis en una batalla lejos de sus propias torres y murallas; aunque la pierdan, habrán degastado al enemigo, que no será capaz de escalar ya sus almenas.

Todo el mundo tiene como un cierto territorio secreto, que cuida con especial empeño. Como esos ladridos de buen perro, en medio del camino, lejos todavía de su propia casa, ante cualquier persona extraña que se acerca a la aldea. Luego, si el peligro acecha, el fidelísimo can se irá apretando contra su propia puerta, desde donde enseñará de verdad sus últimos dientes.

El respeto a la intimidad del niño, por más hijo que sea de uno, es una actitud fundamental. La discusión es, a veces, un fortín en avanzadilla, pero en el fondo, quizá a lo lejos, se advina la auténtica ciudadela que él necesita defender.

● Algo tiene que comunicar

Cuando alguien tiene algo que decir y teme que no se le acepte tal cual él lo quiere comunicar, es muy probable que se repliegue y la discusión sea entonces señal de sentirse solo, quizá aislado, incomprendido.

Cuando alguien tiene algo que decir y, antes de que termine, nota que ya se le va interpretando cuanto ha dicho, siente que ha revelado un misterio y lo ha puesto en manos de boticario inexperto: con una receta de libro piensa arreglarlo todo. El niño se siente entonces como un «caso sabido» y de juzgado de guardia.

Cuando alguien tiene algo que decir y nota que el otro levanta ya sus ojos en blanco para recabar de su sabiduría un consejo, prefiere no decirlo todo por sí, en vez de sermón, cae un juicio o una reprimenda.

La discusión es, a veces, un modo imperfecto de comenzar una auténtica comunicación; pero si en los padres o maestros no se da una verdadera escucha, la discusión se convierte entonces, en una sordina que oculta de verdad lo que se quiere decir.

● Algo tiene que conseguir

Quizá, simplemente, la atención de los demás. Quizá, el ser tenido en cuenta.

Quizá, percibir el eco de que «existo», hablo y se me escucha y mis palabras tienen rebote en el corazón y lengua de los demás.

Habrà que entender, de una vez quizá, que los que ya se sienten escuchados no discuten casi nunca. Los que se sienten aceptados no gritan ya para que se les oiga. Los que ya triunfan en casi todo, no les angustia cada día una nueva victoria.

Los tímidos, los que sufren, los incomprendidos, los que suspenden, los que no logran expresarse bien, los que se sienten pequeños y poca cosa, son precisamente los que discuten más y más violentamente porque saben muy bien que no llevan quizá razón en lo que dicen, pero sí en lo que sufren o pretenden dar a entender.

● Ponte en su lugar

Seguramente es la buena táctica para aprender a discutir bien.

Seguramente es el único camino para distinguir qué hay de idea y qué hay de sentimiento en cada palabra discutida. Seguramente, la preocupación, el bloqueo, la amenaza, el mal recuerdo, la actitud de defensa, la imposibilidad de comunicarse a gusto, la necesidad de conseguir otras cosas... carga tanto de emoción lo que se discute que no deja ver con claridad de qué va lo que de verdad se dice.

Aceptar la discusión de un niño es entenderle a él y no fijarse tanto en las palabras, ni en los gestos ni en los tacos... que, en definitiva, siempre acaba por llevarse el viento.

ACTIVIDADES (Escuela de Padres)

08. ENCUESTA

Con el fin de tener una reunión efectiva sobre el tema «El niño que discute mucho», os proponemos la siguiente ENCUESTA:

0. Edad, sexo, curso, centro educativo, ciudad.
1. Esta ENCUESTA lleva un título: «El niño que discute mucho». Queremos saber tu opinión sobre este tema para luego discutirlo en las Reuniones de Escuela de Padres. Responde brevemente, escogiendo las respuestas alternativas más frecuentes o contestando en pocas líneas a las preguntas que se te hacen:
 - En general, discuto con mucha frecuencia.
 - Sólo con alguna frecuencia.
 - Rara vez.
 - Prácticamente, nunca.
2. En casa, mis discusiones, si las hay, son más frecuentemente:
 - con mi padre
 - con mi madre
 - con mi/s hermana/s
 - con mi/s hermano/s
 - con otros
3. ¿Quién comienza generalmente la discusión?
4. ¿Cuál ha sido la última discusión que has tenido?
5. Señala los tres motivos de discusión más frecuentes.
6. En las discusiones, normalmente:
 - no suelo levantar el tono de voz
 - grito frecuentemente
 - insulto con palabras
 - uso frecuentemente tacos
 - otras formas frecuentes
7. ¿Cómo suelen terminar la mayoría de las discusiones?
8. Después de la discusión, normalmente:
 - te olvidas enseguida
 - te quedas tiempo rumiando y pensando lo dicho
 - te pesa haber discutido
 - alguna otra reacción importante
9. Con la persona que discutes:
 - sueles pedirle disculpas
 - darle luego la razón, si crees que la tenía
 - dejarla en paz, sin decirle nada
 - otra reacción
10. Crees que la discusión sirve preferentemente para:
 - exponer las ideas y sentimientos propios
 - demostrar al otro que no tiene razón
 - la mayoría de las veces, desahogarte sin más
11. ¿Por qué crees que la gente discute tanto?
 - normalmente, los dos tienen razón
 - ninguno quiere ceder de su opinión
 - otras razones
12. Señala dos cosas que ayudarían mucho a que nos entenderíamos más en las discusiones.

NB.— Puede variarse el aspecto «familiar» de la Encuesta, cambiando el número 2 y colocando, en vez de padres, hermanos, etc., a los amigos, compañeros o personas sobre quienes se quiera investigar el tema de la discusión.